

Sáhara Occidental: futuro incierto

Herminia Fajardo Feo

En menos de veinticinco años la medicina logrará acabar con el cáncer, diseñará e implantará órganos artificiales para trasplantes a prueba de rechazos, controlará el Alzheimer y curará las enfermedades maniaco-depresivas. La vivienda dejará de ser un problema: "Aerópolis" en rascacielos singulares comunicadas entre sí por puentes suspendidos en el vacío o ciudades subterráneas intercomunicadas por túneles para la circulación de vehículos y peatones será la solución al crecimiento urbano. El hidrógeno será el combustible a

utilizar, se impondrá la moda del coche eléctrico, se instalarán fábricas en el espacio y bases habitadas en la luna. No habrá enemigo que se resista: sus defensas se destruirán mediante virus informáticos...

Son algunas de las conclusiones del estudio elaborado por tres mil expertos del mundo para la Agencia de Ciencia y Tecnología del Japón. Queda por saber, por lo menos el suplemento dominical que las publicó a toda página no hacía referencia a ello, qué pasará con las fronteras, con los sures de los nortes, con los seres del tercer, cuarto, quinto y sexto mundo, con las enfermedades endémicas que exterminan a los desposeídos de la tierra, con los miles de niños que perecen por no estar vacunados; ¿en qué punto estarán los conflictos viejos pendientes?, ¿dónde aparecerán los nuevos?, ¿será el terrorismo la única posibilidad que tenga el débil para recordar y hacer valer sus derechos?

Sirva esta diletante introducción futurista como entrada a un asunto de más de veinte años de pasado, cuyo presente, lleno de dificultades, nos recuerda nuestra ubicación en el mapa, un asunto que una nueva publicación de las Islas no puede obviar en su salida: Sáhara Occidental, ese extenso campo de batalla vecino que ha conocido experimentos de armas sofisticadísimas, y donde una tregua de seis años de alto el fuego puede romperse si en el interés por la paz y la estabilidad de esta zona no se involucran algunos más que los propios saharauis. Bien estaría que esta democracia española consolidada -tres partidos de distinto signo se han turnado en el poder-

"Aunque algunos, pocos y casi todos forasteros, se han beneficiado de los azarosos tratados con Marruecos, el sector pesquero está en franco retroceso en estas islas"

"No muchas, pero alguna oportunidad se ha perdido en estos veinte años para acabar con la guerra del Sáhara"

hiciera una apuesta firme por el futuro, menos mágico que el de los japoneses pero probablemente más seguro; y no sería malo que el Gobierno Autónomo nacionalista - en esta legislatura apoyo imprescindible para el Gobierno Central- fuera más allá de vacaciones infantiles, forzara la delimitación de las aguas territoriales del Archipiélago y empujara a que se haga efectivo el apoyo a las resoluciones de la ONU, cien veces proclamadas en otras tantas declaraciones de sucesivos ministros de exteriores.

Pasado

Veintiún años cumplió el 14 de noviembre aquel Acuerdo Tripartito de Madrid por el que una España debilitada, renunciando a su compromiso y obligación como potencia colonizadora, entregaba su última colonia en el continente africano a Marruecos y Mauritania, abandonando a sus habitantes a un destino sangriento y privando a Canarias de su hinterland natural que, de desenvolverse las cosas de modo distinto, hubiera supuesto paz y prosperidad para unos y otros mediante acuerdos "entre iguales" que hubieran abarcado sectores tan rentables como pesca y educación, comercio, migración, explotación de minas, etc. etc. Las consecuencias son hartamente conocidas: guerra y éxodo dramático para los saharauis, y para los canarios, por ejemplo, la imposición de olvidar su situación en uno de los bancos pesqueros más ricos del mundo. Aunque algunos, pocos y casi todos forasteros, se han beneficiado de los azarosos tratados con Marruecos, éste es un sector en franco retroceso en estas islas. No así en las islas de Japón, cuyas sofisticadas flotas dotadas de los

más modernos instrumentos de navegación persiguen las bandadas de atunes hasta el mismísimo puerto de La Restinga.

Mientras durante más de veinte años la gente de a pie entendió y compartió el lema de la Asociación Canaria de Amigos del Sáhara - "Sáhara independiente, mejor futuro para Canarias" - los gobiernos de turno potenciaron los puertos marroquíes y fortalecieron renglones de su economía en menoscabo de los canarios, y parte de la clase empresarial de las islas, en ocasiones aconsejados por su primera autoridad política, trasladaban e invertían su capital en Agadir o Casablanca.

Presente

No muchas, pero alguna oportunidad se ha perdido en estos veinte años para acabar con la guerra del Sáhara, pese al apoyo incondicional de Occidente a Marruecos. En 1989, cuando cae el Muro de Berlín y el prestigio de la diplomacia argelina iba parejo al respaldo internacional a la causa saharauí, las diferencias internas del Frente Polisario -normales en cualquier movimiento, pero en este caso inoportunas- contribuyeron a perder un tiempo precioso en el que rápidamente se cambiaron las tornas: el régimen argelino se descompone, el rey de Marruecos se fortalece, erigiéndose en freno de fundamentalismos, y los saharauis se ven obligados a aceptar un Acuerdo de Paz que poco les benefició.

Son apuntes someros sobre un largo y complicado proceso lleno de matices que en este momento, pese al anuncio de conversaciones entre representantes de las dos partes en conflicto, no se contem-

pla con optimismo. La única alternativa es la paciencia -don natural en los pueblos de desiertos- en contraposición a la celeridad prevista por los japoneses: trenes que circularán a 400 Km/hora, aviones hipersónicos, turismo espacial y su flota faenando en el banco pesquero canario-saharai sin límites de velocidad.

Futuro

Esperar una mejor coyuntura. Pudiera ser que con la prevista entrada en la OTAN Ceuta y Melilla dejen de ser españolas, pudiera ser que el enfrentamiento por la sucesión entre los dos hijos de Hassan II y sus respectivas camarillas provocara cambios; pudiera ser que un estallido fundamentalista en Marruecos trastocara de tal modo las piezas en el tablero que fueran los saharais los encargados de frenar el contagio hacia el sur de los integristas...

Pero pudiera ser, también, que todo siguiera como está, que la paciencia saharai se acabara y que se vieran obligados -los saharais, perdida su paciencia infinita- a recurrir a lo que tuvieron siempre a su alcance y siempre trataron de evitar: acciones terroristas. Que no consistirán, seguramente, en inocular virus informáticos en las defensas enemigas. Y, a lo mejor, pudieran salpicarnos.

Ken Saro-Wiwa y el ecologismo de los pobres de la Tierra

Vistas desde el Sur, las cosas adoptan la mezcla de dureza y claridad del pedernal. Para Tewolde Berhan G. Egziabher, profesor de la universidad Addis Ababa de Etiopía, en el mundo coexisten pueblos de dos tipos. Los pueblos que viven de los recursos de su ecosistema. Y los pueblos que vivimos de toda la biosfera. Como los segundos acaparamos cada vez más recursos planetarios, los pueblos que viven de su ecosistema próximo tienen cada vez menos para ellos. La trama del conflicto Norte-Sur se entretreje así con la urdimbre de la crisis ambiental.

Los ogoni del delta del Níger son un típico pueblo de ecosistema. La *hermana* Shell que explota el petróleo de su subsuelo es uno de los largos tentáculos de la civilización que acapara los recursos de la biosfera. Concretamente, el que les ha tocado en suerte a ellos. Dentro de la pobreza material que caracteriza a los que viven de su ecosistema, los ogoni eran algo afortunados. La pesca y los suelos del Delta del Níger les aseguraban un sustento holgado. Hasta que la Shell se los perforó por todas partes para extraer petróleo. Sin pedir

"En el mundo coexisten pueblos de dos tipos. Los pueblos que viven de los recursos de su ecosistema. Y los pueblos que vivimos de toda la biosfera"

Nota editorial publicada en el número 64 de la revista *Mientras Tanto*.